

religión. Finalmente, el capítulo quinto se dedica a desarrollar las ideas del existencial sobrenatural y del cristianismo anónimo consecuencias lógicas de los postulados filológicos de Rahner.

El autor critica los textos de Rahner confrontándolos con los de santo Tomás, manifestando la tergiversación del fondo de la doctrina tomista. Mercant adopta un tono deliberadamente polémico frente al teólogo

alemán que llegó a ser incuestionable («sobredimensionado» según el autor), en ciertos ambientes del último tercio del siglo pasado. Este tono polémico puede retraer a su lectura a algunos estudiosos; pero más allá de las formas académicas se trata de un trabajo serio y riguroso que no puede obviarse sin debatir a fondo las tesis expuestas.

José Ángel GARCÍA CUADRADO

Asunción HERRERA GUEVARA, *La conspiración de la ignorancia. Una reflexión sobre el progreso y sus paradojas*, Granada: Comares, 2018, 112 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-9045-642-2.

Hay ocasiones felices en que la lectura de unas páginas nos hace pensar. Quizá esto es lo mejor que puede ocurrir cuando uno tiene un libro entre manos. Por eso, escribo estas líneas. La autora, siguiendo el modelo narrativo de Nussbaum, escribe un libro de teoría política acompañada de ejemplos literarios que hacen comprensible, en un sentido no sólo teórico, sino en el modo de un equilibrio perceptivo. Se trata de que no sólo se diga lo que se dice, sino que lo dicho permita la valoración del contexto y, a la vez, suscite las emociones adecuadas a la realidad que tenemos delante. La agilidad del estilo y la variedad de referencias literarias hacen que sus 96 pp. se acaben enseguida y nos dejen con la necesidad de pensar por nuestra cuenta.

El libro está dividido en cuatro capítulos. El primero trata sobre el estado de la cuestión y el segundo se titula como el propio libro. La idea de fondo es que después de dos ilustraciones fracasadas –la clásica del s. XVII-XVIII y la que tuvo lugar después de la II Guerra Mundial–, es el momento de proponer una tercera ilustración que consiga evitar los errores de las anteriores. Si la propuesta se llama tercera

ilustración es porque tiene algo en común con las anteriores. Pero si es la tercera habrá que dilucidar sus características distintivas y las razones para proponerlas.

Si Kant definía la ilustración como la salida de la minoría de edad culpable, el fracaso de la ilustración es el éxito de la conspiración de la ignorancia. Esto es especialmente doloroso en el momento de la historia en que el desarrollo del conocimiento humano es más asequible que nunca. Y el triunfo de los prejuicios, de lo convencional o de la tradición se impone a la justicia. Si los hombres nos comportamos autónomamente para obrar injusticias no cabe hablar propiamente de progreso. Así la Introducción termina con una frase de F. M. Herrera: «Nadie puede ser apolítico mientras el más desfavorecido y explotado diga que la política es cosa de ricos». Por eso el objetivo de esta ilustración es conseguir una noción suficientemente sensible de justicia a la altura de nuestro tiempo y encontrar el modo político de hacerla valer en el discurso actual. No basta, pues, la tolerancia. Es preciso hacer valorar la justicia, que se define como el principio «de todos los seres sintientes», siguiendo el principio

«de todos los sujetos» de Fraser: «una cuestión está justamente enmarcada si y sólo si todos y cada uno de los sometidos a la(s) estructura(s) de gobernación que regula(n) las áreas relevantes de la interacción social reciben igual consideración» (p. 6).

El actual estado de las cosas no conspira para el bien: el etnocentrismo, el determinismo, el antropocentrismo y el pesimismo sobre la naturaleza humana permean nuestros pensamientos, deseos y obras e impiden un verdadero progreso y otorgan a nuestro tiempo su peculiar temple melancólico y su persistente e irremisible tristeza. Esta tercera ilustración debe proporcionar un progreso efectivo para todos los seres vivos. Pero, aquí está la paradoja de nuestra situación, la justicia del progreso que debemos esperar y con el que debemos cooperar es el fin del economicismo, del «turbocapitalismo», del consumismo que amenaza con ahogar toda forma de vida mientras hace del sufrimiento de los vivos la materia prima para lograr su objetivo.

Para progresar realmente será necesario dar un paso atrás. Descubrir que los objetivos que presiden la vida actual no sólo son irreales (es la conspiración de la ignorancia) e injustos. Es preciso para avanzar retroceder en la búsqueda de por qué ha llegado a ser el fin de la vida social el consumo ilimitado de todo tipo de cosas que no necesitamos, que nos esclavizan y nos hacen sujetos, quizá, de una injusticia irreparable. Es menester reconocer nuestras auténticas necesidades, en la línea de la recuperación de las virtudes aristotélicas. Por eso propone lo que llama un «retroceso

sustentable», en vez del engaño que ha supuesto la difusión del «progreso sustentable», porque en verdad no es ningún progreso, porque en absoluto es sustentable y porque sirve de excusa para permanecer en la injusticia que supuestamente proporciona dividendos.

Para que eso sea posible, la autora defiende un republicanismo deliberativo, que defienda y promueva las virtudes humanas y se gane tiempo para hablar de lo importante de forma suficientemente profunda y continuada para permitir la formación de ideas nuevas y la averiguación de sus consecuencias reales. La autora no esconde su filiación habermesiana. El problema es que tampoco se toma en serio la objeción de Spaemann de que el fin del discurso siempre es un acto de poder y si la única justificación del poder es la deliberación, su término no puede justificarse nunca. Por otro lado, cifrar la esperanza en la educación es un gesto excesivamente ilustrado: ¿sabemos realmente lo que es educar y cómo se hace? Por lo que hemos visto hasta ahora no.

Se trata, en definitiva, de un libro breve que se lee con sumo gusto, apreciablemente escrito, cuidadosamente reflexionado, acompañado de valiosas reflexiones literarias, regido por un admirable *pathos* por la justicia, digno de todo elogio. Todo esto hace de estas pocas páginas un lugar donde detenerse ya que permite seguir pensando donde terminan las reflexiones de la autora.

Enrique MOROS